

### LECCION XIII.

#### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Ornamentos de los Obispos. — Las sandalias y las medias. — La cruz pectoral. — La tunicela y la dalmática. — Los guantes. — El anillo. — La mitra. — El báculo. — El palio. — El gremial. — Colores de los ornamentos. — Ornamentos del altar.

I. Ornamentos de los Obispos. — Los ornamentos de que acabamos de hablar son comunes á todos los presbíteros; pero hay otros reservados para los Obispos, quienes los revisten cuando deben oficiar solemnemente; tales son las sandalias, las medias, la cruz pectoral, la tunicela, la dalmática, los guantes, el anillo, la mitra, el báculo, el palio, si se trata de un arzobispo, y finalmente el gremial. Como los anteriores, estos ornamentos están llenos de recuerdos de la mas remota antigüedad, y dan á los fieles ilustrados bellas lecciones de santidad y de sabiduría cristianas.

1º. Las sandalias y las medias <sup>1</sup>. El calzado de los antiguos, especialmente el de los Romanos, consistia en una suela sujeta con algunas correas que se cruzaban sobre el pié y al rededor de la pierna; mas en tiempo de los Emperadores las personas de distincion, como los príncipes y senadores, sustituyeron esta clase de calzado con otro mas rico llamado *compagia*, recamado de oro y de púrpura, que cubria mejor el pié <sup>2</sup>.

Á fin de manifestar por todos los medios posibles su veneracion por las cosas santas, la Iglesia se apresuró á dar á sus pontífices el calzado senatorial, el mas distinguido que entonces se conocia, con objeto de que los augustos misterios fuesen ofrecidos con cierta magnificencia exterior capaz de inspirar á los corazones respeto y piadosos sentimientos. Fuera del ejercicio de sus funciones, usaban los Obispos el calzado ordinario, y esta es la causa porque aun en el dia el obispo, al llegar á la Iglesia y al ocupar su trono, deja sus zapatos y se pone el calzado antiguo, del cual se despoja luego de terminado el santo sacrificio. La oracion que reza el obispo al ponerse aquel noble calzado recuerda que es sucesor de los Apóstoles, y que como estos es enviado para anunciar el Evangelio: « Señor, poned un calzado

<sup>1</sup> Caligæ, sandalia.

<sup>2</sup> Compagia. Véase Tubellio Pollio, Julio Capitol. é *Historia de la Academia de las Inscripciones*, t. XI.

» en mis piés, á fin de que vaya á anunciar el Evangelio de la paz,  
» y protegedme con la sombra de vuestras alas. »

La prohibicion hecha por la Iglesia á todos sus ministros, presbíteros, diáconos y subdiáconos, de acercarse al altar con los piés descubiertos, subsistió mientras estuvo en uso el calzado romano, que dejaba los piés casi desnudos, y así es que todos usaban una especie de *compagia* ó calzado cubierto, distinto, sin embargo, del de los Obispos <sup>4</sup>.

2º. La cruz pectoral. Durante los primeros siglos de la Iglesia, los fieles todos, hombres y mujeres, llevaban una pequeña cruz suspendida al cuello; venerable costumbre que por desgracia no existe ya, y para perpetuarla en cuanto le es dable, quiso la Iglesia que sus pontífices llevasen una cruz sobre su pecho, especialmente al celebrar los santos misterios; cruz que colocada á la vista del obispo le recuerda el Dios que murió por él, y los Mártires que sellaron con su sangre la fe que profesa, pues, como lo indica la oracion que reza el obispo al pasársela á su cuello, la cruz pectoral contiene numerosas reliquias de Mártires.

3º. La tunicela y la dalmática <sup>3</sup>, que son los ornamentos del diácono y del subdiácono, nos advierten que el obispo está revestido de la plenitud del sacerdocio, así como le amonestan á él que debe poseer todas las virtudes en un grado superior.

4º. Los guantes. Antes del siglo VIII los guantes formaban ya parte del vestido episcopal <sup>5</sup>; su objeto es recordar un hecho célebre en la historia de los Patriarcas, así como dar al obispo una grande leccion de santidad. Deseando Jacob obtener la bendicion de su padre Isaac, se le presentó con las manos cubiertas de piel de cabrito, y esta astucia que indujo al santo anciano en un misterioso error, valió á Jacob las mas abundantes bendiciones; como Jacob, el pontífice se acerca á pedir á Dios Padre los verdaderos bienes, y para obtenerlos desea confundirse con su hermano primogénito Nuestro Señor Jesucristo, así como Jacob se ocultó bajo los vestidos de Esaú á fin de obtener la bendicion paternal. Este es el sentido de la oracion que reza el obispo al tomar sus guantes: « Señor, rodead mis  
» manos de la pureza del hombre nuevo que ha descendido del cielo,  
» á fin de que, á ejemplo de vuestro amado Jacob, quien habiéndose  
» cubierto las manos con una piel de cabrito obtuvo la bendicion de  
» su padre, despues de ofrecerle un manjar y una bebida excelentes,  
» obtenga, por consideracion á la victima salvadora ofrecida por mis  
» manos, la bendicion de vuestra gracia. » No significa esto que Dios

<sup>4</sup> Omnis presbyter missam celebret ordine romano cum sandaliis. (*Capitul. Carol. Magn. lib. V, c. 219.*)

<sup>3</sup> Tunicella, dalmatica.

<sup>5</sup> Chirotheca

pueda ser engañado, sino que quiere que al presentarnos para obtener sus favores seamos cual otros Jacobs, es decir, otros Jesucristos.

5º. El anillo<sup>4</sup> es el símbolo de la alianza espiritual que existe entre el obispo y su Iglesia, el sello, por decirlo así, de su contrato, pues lo mismo entre los antiguos que entre los modernos se imprime un sello en los contratos, á fin de confirmarlos y hacerlos auténticos; de donde proviene el uso existente aun de dar un anillo á la esposa en la celebracion del matrimonio. El anillo episcopal no es únicamente el signo de la alianza del obispo con su Iglesia, es tambien una insignia de la autoridad del Espíritu Santo, en cuya virtud tiene el obispo derecho de distribuir los cargos en la Iglesia; segun la costumbre de los Hebreos, lo lleva en el dedo segundo de la mano derecha, porque aquel dedo indica el silencio, y recuerda al obispo el secreto inviolable de los misterios y la perfecta discrecion con que debe anunciarlos, por temor de arrojar las perlas á los cerdos<sup>2</sup>. Estas lecciones tan útiles á los presbíteros y á los fieles como á los pontífices, se contienen en las palabras dirigidas al obispo, cuando el pontífice consagrador le entrega el anillo en la ceremonia de la ordenacion: « Recibid el anillo, signo de discrecion, dignidad y » fidelidad, á fin de que sepais callar lo que callarse debe, manifestar lo que debe ser manifestado, atar lo que debe atarse, y desatar lo que debe ser desatado<sup>3</sup>. »

6º. La mitra<sup>4</sup> nos traslada á la mas remota antigüedad; el sumo sacerdote y los sacrificadores de la ley mosaica se adornaban con ella<sup>5</sup>; la historia de la Iglesia hace mencion de la mitra de san Juan Evangelista y de la del apóstol san Jaime<sup>6</sup>. Es cierto que la mitra tal como la usan en el dia los Obispos se distingue de la antigua, por la materia de que está hecha y por los adornos que realzan su belleza; pero en el fondo es la misma. Ornamento de gloria y dignidad, la mitra recuerda al obispo su sumo sacerdocio, la consagracion de todos sus sentidos, y el perfecto conocimiento que debe tener del Antiguo y del Nuevo Testamento, figurados por las dos cintas que caen sobre sus espaldas<sup>7</sup>; penetrado de estas ideas, el obispo al ponerla en su cabeza pide á Dios que le dé la fuerza y la discrecion necesarias para evitar todos los lazos que pueda tenderle el demonio.

7º. El báculo<sup>8</sup> es el emblema del poder pastoral, es el cayado del

<sup>1</sup> Annulus.

<sup>2</sup> Jerem. c. xxii; Tubell. Poll. in *M. Septim.*; Durantii, lib. II, c. 9, n. 37 et seq.

<sup>3</sup> Orden romano.

<sup>4</sup> Mitra, cidaris.

<sup>5</sup> Honor. *Gemma animæ*, lib. I, c. 214.

<sup>6</sup> Euseb. lib. V, c. 24.

<sup>7</sup> Innoc. III, c. 60; Antonin. 3 pars. *Summ. tit. XX, c. 2*; Steph. Eduens. *episc. Lib. de Sacram. altar. c. 41.*

<sup>8</sup> Pedum seu baculus pastoralis.

pastor, tierno símbolo que nos muestra á la Iglesia como un redil, cuyas ovejas son los fieles, y los pastores los Obispos; en ella no impera la fuerza ciega y brutal, pero sí la caridad, el celo ilustrado y sostenido por la fe. Al dar el báculo al obispo el dia de su ordenacion, le son dirigidas estas palabras: « Recibid el baston, símbolo de » vuestro gobierno sagrado, y acordaos de fortalecer á los débiles, » de alentar á los que vacilan, de corregir á los malos, y de dirigir » á los buenos por el camino de la salvacion eterna; recibid tambien » el poder de elevar á los dignos y de humillar á los indignos, con » el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo. » El uso del báculo, que es para el obispo lo que el cetro para el rey, data de los primeros siglos del Cristianismo<sup>4</sup>; al subir al altar el obispo deja la mitra y el báculo, pues su poder desaparece delante del de Jesucristo; mas por la razon contraria, se reviste otra vez de sus insignias al volverse hácia el pueblo<sup>5</sup>.

8º. El palio<sup>6</sup>. Si el pontífice es arzobispo ó patriarca, despues de haberse revestido de todos sus ornamentos, añade á ellos el palio, que consiste en dos cintas de lana blanca, anchas como de dos dedos, que caen sobre el pecho y las espaldas, en las que se ven varias cruces negras; los metropolitanos lo usan como una señal de su jurisdiccion sobre las iglesias de su provincia, y es tambien el emblema de la humildad, de la inocencia y de la caridad; su objeto es recordar al prelado á quien se confiere, que á ejemplo de Jesucristo, príncipe de los pastores, debe buscar la oveja extraviada y volverla al redil sobre sus hombros; la misma materia del palio indica sensiblemente tan tierna significacion.

El palio está fabricado con la lana de corderos enteramente blancos, y las ceremonias que para ello se observan son las siguientes: El dia de santa Inés y en la iglesia de su nombre, construida en Roma en la via Nomentana, bendicense cada año dos corderos blancos cuya lana sirve para tejer el *palio*, y que son apacentados y cuidados por alguna comunidad de religiosas hasta el dia del esquilero; los *palios* hechos con su lana se depositan en seguida sobre el sepulcro de san Pedro, y permanecen allí durante toda la noche que precede á la fiesta del santo Apóstol, hasta que el dia siguiente son bendecidos en el altar de la iglesia que le está consagrada, y enviados á los pre-

<sup>4</sup> Orden romano.

<sup>5</sup> Gloss. in *Can. disciplinæ*, dist. 45. Acerca de las varias significaciones del báculo, creemos oportuno citar los siguientes versos:

In baculi forma, præsul, datur hæc tibi norma:  
Attrahe per primum, medio rege, punge per imum;  
Attrahe peccantes, rege justos, punge vagantes;  
Attrahe, sustenta, stimula, vaga, morbida, lenta.

Gloss. de Sac. Unct. C. Untc.

<sup>6</sup> Pallium.

lados que tienen derecho de usarlos, derecho circunscrito á ciertas festividades y á los límites de sus iglesias, al contrario del que tiene el Sumo Pontífice, el cual lo lleva siempre y por todas partes, denotando estar investido del supremo poder y de la jurisdicción universal sobre todas las iglesias <sup>4</sup>. El palio data de la mas remota antigüedad, pues san Isidoro de Pelusa <sup>2</sup>, que vivió á mediados del siglo v, y san Gregorio el Magno hablan del palio y explican sus diferentes significaciones <sup>3</sup>; su origen se atribuye á san Lino, segundo sucesor de san Pedro <sup>4</sup>. El palio recuerda el *efod* del sumo sacerdote de los Judíos.

9º. El gremial. Cuando el obispo se sienta durante la misa pontifical, colócanle sobre las rodillas un velo de seda ó de otra tela preciosa, llamado gremial, de la palabra latina *gremium*, *jiron*; sirve para que las manos del pontífice descansen, y para preservar al mismo tiempo los ornamentos de las manchas que podria imprimirles el sudor <sup>5</sup>.

Estos son los ornamentos particulares de los Obispos, y si reflexionamos por un momento sobre el misterioso aparato de que la Religion rodea á sus ministros cuando deben ofrecer la víctima santa, acudirá naturalmente á nuestra imaginacion este pensamiento: Con que ¿tan augusta es esta víctima? Con que ¿tan santo es el sacrificio católico? Con que ¿tan eminentes son las funciones del sacerdocio? ¿Cuál debe ser, pues, la pureza de los que á él asistimos? Hé aquí precisamente el fin que la Iglesia se ha propuesto al establecer sus numerosas ceremonias, y al dar á sus ministros tantos ornamentos venerables á la vez por su antigüedad y por su significacion.

II. Color de los ornamentos. — La diversidad de sus colores contiene igualmente grandes lecciones: el blanco, símbolo de la inocencia del Cordero de Dios, y el encarnado, símbolo de su sangre derramada por nosotros, datan de los tiempos apostólicos, y de una muy remota antigüedad los demás colores <sup>6</sup>. La Iglesia, la divina esposa de Jesucristo, se presenta ante su Esposo revestida de una agradable y misteriosa variedad; su aparato exterior revela la gloria y la belleza esencial que en su interior abriga; y segun las circunstancias en que se encuentra, manifiesta exteriormente sus disposiciones, á fin de advertir á sus hijos que den cabida en su alma á disposiciones análogas. Como las calidades esenciales de los misterios ó de los Santos pueden

<sup>4</sup> Bona, lib. I, c. 24. Véase la descripción del palio en las *Tres Romas*, t. II, 21 de enero.

<sup>2</sup> Lib. epist. CXXXVI.

<sup>3</sup> S. Greg. Magn. lib. II, epist. LIV.

<sup>4</sup> Auctor vetus, Rit. eccl. S. R. E. lib. I, tit. X, c. 5.

<sup>5</sup> *Cerem. episc.* lib. I, c. 11.

<sup>6</sup> Durando, *Rational.* lib. III, c. 18, n. 19.

considerarse bajo diferentes puntos de vista, los colores que se emplean para celebrar las fiestas no son los mismos en todas las diócesis; pero lo importante es conformarse con las reglas observadas en los lugares donde uno se halla, y comprender bien el espíritu de los usos que se siguen.

Segun el rito parisiense se emplea el blanco, símbolo de la pureza y de la santidad, en las fiestas de María, en las de los santos Ángeles, de los Doctores, de los Presbíteros, de los Confesores, de las Vírgenes, y de todos los justos que no derramaron su sangre por la fe, exceptuando á los Pontífices, por los cuales se usa el color verde. La vista del blanco nos recuerda el Cordero de Dios y nos dice: Amad la pureza; las cosas santas son para los Santos; ofreced á Dios un alma sin mancha y digna de ser recibida un día en la Jerusalem celeste, donde jamás entrará nada que no sea puro.

El encarnado ó rojo, que á primera vista despierta la idea de sangre y de fuego, se emplea para celebrar las fiestas de los Mártires y la del Jefe de los Mártires, Nuestro Señor Jesucristo, inmolado por nosotros en la Eucaristía; asimismo como la atribucion del Espíritu Santo es iluminar las almas y abrasar los corazones, como descendió sobre los Apóstoles en figura de lenguas de fuego, se usa el rojo para honrarle. ¿Seria acaso posible que esta imágen de la sangre y del fuego nos dejase frios y sin valor? El recuerdo de los anfiteatros, del Cenáculo, ¿nada diria á nuestro corazón? ¿Acaso no hemos recibido igual Espíritu, y no somos, por ventura, los hijos de los Mártires? ¿Acaso no corre su sangre en nuestras venas? ¿Podremos quejarnos por los débiles sacrificios que se nos exigen, al mirar el enjambre de testigos que vencieron inmolándose? La diócesis de París usa el rojo todos los domingos y todas las ferias posteriores á Pentecostes, como una continuacion de esta fiesta, en la que el rojo corresponde con las lenguas de fuego que aparecieron sobre la cabeza de los Apóstoles.

Para los Pontífices se emplea el verde; símbolo de esperanza, color general de la naturaleza, el verde nos dice los trabajos de todos los celestes labradores que cultivaron el campo del Padre de familia, alentados por la esperanza de una abundante cosecha. La ciudad de Roma usa el verde todos los domingos ordinarios y las ferias, pues justo parece consagrar con mas frecuente uso el color que tenemos continuamente á la vista; en efecto, ¿no es conveniente que el campesino que va cada mañana á recibir la bendicion del Padre de familia, antes de dirigirse á sus tierras, ó que acude el domingo á reposarse en el Señor de los trabajos de la semana, encuentre en nuestros templos su pradera, su árbol, su racimo? ¿No veis en esto una bella y tierna armonía? Además, ¿cómo no os alegráis vosotros todos que gozáis contemplando las maravillas de la naturaleza, al hallar hasta en el pié de los altares un recuerdo de los beneficios del Criador, y

un nuevo motivo para bendecir al que pinta de verde nuestras campiñas, al que fecundiza nuestros campos, al que viste los lirios del valle, al que alimenta al pajarillo, músico campesino; al que prepara el sustento á todos los seres que respiran?

El color morado ó violeta, de tinte sombrío y al mismo tiempo brillante, recuerda á la vez los trabajos y beneficios de la penitencia, y se emplea en los tiempos y circunstancias en que el dolor y la esperanza, hija de este mismo dolor, forman el fondo del culto divino; así, durante el Adviento, en que la Iglesia gime y suspira; gime, pero únicamente por la tardanza; suspira, pero sus suspiros llaman al Justo y le mueven á descender, se emplea el color morado. Durante la Cuaresma los fieles lloran sus pecados, pero ven el perdón al fin de la santa cuarentena; lloran los sufrimientos de Jesucristo, pero divisan el glorioso día de su resurrección; en las calamidades, en las aflicciones públicas ó particulares lloran también, pero esperan el fin de las mismas lágrimas que derraman: pues bien, esta inefable mezcla de tristeza y de consuelo, de dolor y de esperanza, se expresa por medio del color morado.

En la muerte de los Reyes, como el poder no muere<sup>1</sup> y la misma mano que ha hecho caer la corona de la frente de uno la ciñe en la frente de otro, se emplea el color morado, color que si bien debe siempre anonadarnos y confundirnos en nuestra miseria, debe también inspirarnos valor por la consideración de las infinitas misericordias del Señor; su vista debe recordarnos que debemos marchar á la gloria por el camino de las tribulaciones, que nuestra esperanza se cifra en la cruz, y nuestra felicidad terrena en la esperanza, puesto que el mundo solo puede ofrecer goces amargos.

Sin embargo, cuando la Iglesia llora á sus hijos, muertos enteramente para la vida presente, entonces, considerando únicamente las penas del purgatorio, de que es preciso librarles, no oyendo más que sus lamentables súplicas, viendo solo el espantoso tránsito del tiempo á la eternidad, sintiendo la terrible herida hecha por la muerte al mundo, incierta siempre respecto de las últimas disposiciones de aquel por quien ruega, entonces nuestra tierna Madre, entregada toda á su dolor, se viste de negro y de este modo se presenta ante su divino Esposo, diciéndole expresamente con tan lúgubre color cuán grande es su aflicción, cuántas ideas tristes despierta en ella el castigo del pecado que sufre hace seis mil años todo el género humano; quizás me engañe, pero creo que aun sin despegar los labios, el sacerdote revestido de negro es un predicador muy elocuente; páreceme que de su casulla regada con lágrimas sale una voz que dice: Acué-

<sup>1</sup> Sabido es el antiguo adagio: *Le mort saisit le vif*, ó: El rey ha muerto, ¡viva el rey!

date, ó hombre, de que eres polvo, y de que en polvo te convertirás; no sabes el día ni la hora: alerta pues; á tu hermano ayer; á tí mañana, quizás hoy mismo.

En conclusión, los fieles que asisten á nuestros augustos misterios deben tener presente que á ellos más aun que á los Israelitas están dirigidas aquellas palabras: *Vosotros sois los sacerdotes del Dios vivo, una raza real, un pueblo de santos*<sup>1</sup>, y que las mismas preparaciones que prescribe Dios al sacrificador de la nueva alianza para subir al altar, se las exige á ellos para acercarse al sacrificio. Del mismo modo que en otro tiempo envió á Moisés al pueblo para santificarlo durante dos días, y ordenarle que lavase sus vestiduras porque debía ser testigo de la presencia del Señor en la montaña, quiere ahora que sus sacerdotes adviertan á los fieles que jamás se acerquen á la santa montaña del verdadero Sinai sin el conjunto de virtudes interiores y de disposiciones exteriores simbolizadas en los ornamentos sacerdotales.

III. Ornamentos del altar. — Los ornamentos del altar y los vasos sagrados continúan la misma lección; abramos, pues, nuestros corazones y potencias para escucharla.

El altar representa un sepulcro; la razón de esto, que hemos dicho ya, es porque los sepulcros de los Mártires fueron los primeros altares del Cristianismo, y por igual causa se depositan en ellos algunas reliquias de Santos y de Mártires.

Durante los primeros siglos los altares se construyeron indistintamente de madera, de piedra ó de mármol; eran macizos ó sostenidos por puntales ó columnas, y para ofrecer el sacrificio cubríanlos con unos manteles de lino ó de seda, á los cuales se daba el nombre de *palia*. En tiempo de san Agustín adornábanse ya los altares con flores<sup>2</sup>, y muchas veces decoraban las paredes de las iglesias guirnaldas de lirios y de rosas<sup>3</sup>; en el día cúbrese el altar con tres manteles, de los cuales el colocado últimamente está enriquecido con blondas y bordados, y al prescribir la Iglesia que se cubriese el altar con tres manteles de lino, fáciles de ser lavados, ha querido evitar el grande inconveniente que podría resultar de la caída del cáliz. El altar debe ser consagrado por el obispo, y antes de esta consagración, que data de la más remota antigüedad, no está permitido celebrar en él los santos misterios<sup>4</sup>.

En el altar vense tres cuadros llamados *sacras*, porque sirven para dirigir al sacerdote poniéndole á la vista oraciones que leería con pena

<sup>1</sup> Exod. xxix, 9.

<sup>2</sup> *De Civ. Dei*, lib. X, 1, c. 8.

<sup>3</sup> S. Hier. *Epitaph. Nepot.*; S. Greg. Turon. *De Gloria conf.* c. 50; divus Paulin. *Nat. III S. Felicis*.

<sup>4</sup> Hincmarus Remens. *in Capitul.*; Beda, lib. V *Hist.* c. 11; S. Athan. *Apol. ad Constantium*; Euseb. lib. IV *De vita Constantini*.

en el Misal; el mayor se coloca en medio, delante del tabernáculo, el segundo á la izquierda, y el tercero á la derecha; segun la antigua costumbre el altar se levanta hácia el Oriente, á fin de que los fieles al orar vean la salida del sol, imágen del Sol verdadero, cuya luz despues de haber desvanecido las tinieblas del Gentilismo, ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo<sup>1</sup>.

En medio del altar está situado el tabernáculo, en el que se conserva la santa Eucaristía; al hablar de la Comunión en la parte II del Catecismo hemos explicado la forma de los antiguos tabernáculos. La costumbre de guardar el santísimo Sacramento en un tabernáculo colocado en el centro del altar, bajo el pié de la cruz, data de grande antigüedad<sup>2</sup>; y la sola palabra tabernáculo recuerda muchas y bellas tradiciones: el desierto del Sinai, el maná, Aaron y sus levitas, todas las maravillas realizadas en favor de la antigua Iglesia hace mas de tres mil años, están reunidas en esta sola expresion; en el dia entraña recuerdos mas sublimes aun: la cena, el Calvario, la vida del Redentor en la tierra, su presencia perpetua entre los hijos de los hombres. ¿Sabeis, por ventura, una palabra mas rica y fecunda?

El tabernáculo remata en una gran cruz, que muchos siglos han visto, que muchas generaciones han adorado en el mismo lugar; su objeto es recordarnos que el sacrificio de nuestros altares es la continuacion del sacrificio del Calvario, y enseñarnos que solo á Dios se dirige, y no á los Santos ni á los Mártires, este acto supremo de religion. Durante la misa arden tres cirios ó á lo menos uno en cada lado para honrar el signo de la redencion y recordar las Catacumbas. La Religion, la historia, la antigüedad, cuanto contribuye mas á elevar el alma, á conmover el corazon y á arrobar los sentidos, se encuentra reunido en un altar católico; y si para el indiferente estúpido el altar no es mas que una piedra, para el sabio y sobre todo para el cristiano es el mas elocuente de todos los libros, que explicarian apenas tomos enteros de comentarios. ¡Hijos de los hombres! ¿hasta cuándo tendréis ojos para no ver?

#### ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por vuestra solicitud en instruirme multiplicando los ornamentos y los sagrados distintivos de la Religion; abrid mi corazon y mi mente á tan santas lecciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, daré gracias á Dios por haber establecido las augustas ceremonias de la Religion.

<sup>1</sup> Tertul. *adv. Valent.* c. 3.

<sup>2</sup> Véase á Burchard, lib. V *Decret.* c. 9.

## LECCION XIV.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Vasos sagrados. — Cáliz. — Patena. — Copon. — Viril. — Bendicion del agua antes de la misa del domingo. — Aspersión del agua bendita.

I. Vasos sagrados. — Si los ornamentos de los ministros y del altar están llenos de recuerdos y de lecciones, no ofrecen los vasos sagrados menor interés para la piadosa curiosidad del sabio y del fiel; primeramente, su consagracion, su brillo y su riqueza nos recuerdan nuestra consagracion al Señor y la santidad que en nosotros exige, pues no somos mas que vasos sagrados, siendo de nuestro deber conservarnos mucho mas santos y mas puros que los vasos destinados al altar, puesto que el Dios tres veces santo, cuyo adorable cuerpo toca sencillamente los cálices y copones, se incorpora en nosotros. Los principales vasos sagrados son: el cáliz, la patena, el copon y el viril.

El cáliz es tan antiguo como el Cristianismo, pues Nuestro Señor consagró su divina sangre en una copa y en la misma la dió á beber á sus Apóstoles. El cáliz era un vaso de que se servian los Judíos en sus comidas, y todos se servian del mismo y lo hacian pasar de mano en mano, en señal de amistad; costumbre que como un símbolo de fraternidad existe aun en muchos pueblos del antiguo y del nuevo mundo. En los primeros siglos, cuando nuestros padres solo eran ricos de su pobreza y de sus virtudes, los cálices eran de vidrio, de cobre, ó de cualquier otro metal menos precioso; mas luego que sus recursos lo permitieron, los cálices, lo mismo que los demás vasos sagrados, fueron de oro y de plata, y el papa Ceferino, que fué electo en el año 203, prohibió que en adelante se hiciesen de otro metal alguno<sup>1</sup>. En el dia la Iglesia exige que los cálices sean de plata, la copa al menos, y que estén dorados por su parte interior; por respeto hácia el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se consagran los vasos que sirven en el altar, consagracion que data de la mas remota antigüedad<sup>2</sup>.

En la época en que todo el pueblo comulgaba bajo la especie de

<sup>1</sup> Durantus, lib. 1, c. 7. Esta fecha es muy interesante para fijar la época á que pertenecen las copas eucarísticas de vidrio halladas en las Catacumbas. Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*.

<sup>2</sup> Orden romano.